

apéndice y en él la parte especial para la edición castellana. Sería deseable una ampliación por pequeña que fuese de esta parte, que convendría además revisar.

M.<sup>a</sup> ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO  
Universidad de León

J. M. BLÁZQUEZ, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid, Cátedra 1998, 566 pp.

Como se puede leer en el prólogo (p. 9), este libro es el resultado de una serie de trabajos que, a lo largo de los años, el Prof. Blázquez, un reconocido especialista en Historia Antigua, ha ido publicando y que tienen como denominador común el estudio de diferentes aspectos del Bajo Imperio bajo el prisma de las principales obras de autores cristianos de la Iglesia primitiva. Sin embargo, según señala el propio autor, no se ha limitado a reproducir los anteriores estudios sino que han sido ampliados en determinados puntos y la bibliografía, en continua evolución, ha sido puesta al día. Este dato nos da muestras del auge e interés que en estos últimos años ha despertado la historia, la literatura, la cultura del período del ocaso de una de las civilizaciones que, destinada a ser dueña del mundo, más ha influido en Occidente. Pero no del todo morirá y Roma seguirá siendo eterna mientras quede todavía algo de su grandeza y de su miseria entre nosotros. Su influencia no desaparecerá con su final político, administrativo o territorial sino que seguirá su devenir por encima de las invasiones bárbaras, a través de las luces y sombras de la Edad Media, hasta llegar a renacer de nuevo en unos hombres, en una época que se afanó en la búsqueda y cultivo del pasado, con vistas al desarrollo de un futuro mejor.

El libro está dividido en seis grandes bloques: I. «La reacción pagana ante el cristianismo» (pp. 13-37); II. «Asimilación de la cultura pagana por Clemente de Alejandría» (pp. 41-113); III. «La sociedad romana en los autores cristianos» (pp. 117-217); IV. «El monacato cristiano y su impacto social y religioso» (pp. 221-413); V. «Los escritores cristianos y los problemas económicos y sociales del Bajo Imperio» (pp. 417-523); VI. «Demonios y ascetas» (pp. 527-563). Asimismo cada uno de estos bloques consta de determinados capítulos que a continuación detallaremos. La misma naturaleza de la obra, a saber, la agrupación de distintos trabajos y publicaciones, impide como resultado un típico manual de historia al uso sobre el final de la Antigüedad. No es ésta la intención del libro ni del autor, que, como indica en el propio título, se va a ocupar sobre todo de los aspectos culturales y religiosos, lo que consigue con creces. El Prof. Blázquez va incluso mucho más lejos de las ataduras de un determinado tema o una disciplina en concreto y abarca el estudio de todos los ámbitos de saber que se pueden extraer de las obras

de los escritores cristianos de la Iglesia primitiva. Con ello consigue abrir nuevos campos de conocimiento no sólo en la Historia sino también en la Literatura. La utilización de determinados textos cristianos ofrece una determinada visión de la historia de este período y, además, pone al servicio de filólogos clásicos y estudiosos de la literatura una serie de autores y textos que, a pesar de su importancia, pueden resultar desconocidos.

En lo referente a la cronología, los diferentes aspectos económicos, sociales, culturales y religiosos que se estudian abarcan un período que comprende desde la segunda mitad del siglo II, donde comienzan a intensificarse los encontronazos entre paganismo y cristianismo, hasta el siglo IV, en el que el cristianismo se ha difundido por todos los ámbitos culturales y políticos del Imperio y al paganismo apenas le quedan fuerzas en su lucha por la supervivencia. El primer bloque del libro estudia las reacciones de los paganos ante el avance imparable de los cristianos así como el desarrollo de una literatura apologética de estos últimos para, además de defenderse de las acusaciones de los primeros, dar testimonio de su fe. La defensa que tendrá que esgrimir el cristianismo deberá abarcar un doble frente: por un lado, las acusaciones del pueblo (pp. 13-27) y, por otro, las de los hombres cultos de la época como Tácito, Suetonio, Frontón, Luciano de Samósata o Celso, que desde cualquier lugar del Imperio emitían duros juicios contra la nueva religión. Esta reacción pagana no queda reducida al siglo II sino que llega incluso al siglo IV con Juliano el Apóstata (pp. 27-37). Una de las acusaciones que los paganos cultos realizaban contra los cristianos era el hecho de que en su mayoría pertenecían a las clases bajas e incultas de la sociedad, lo que no resultó ser del todo cierto. La prueba la tenemos en Clemente de Alejandría, defensor del cristianismo a partir de la asimilación de la cultura pagana. A este personaje y a su obra fundamental en tres libros, *El pedagogo*, escrita hacia el año 200, dedica J. M. Blázquez el segundo bloque del libro. Esta obra representa la síntesis entre la filosofía helénica y los principios cristianos (pp. 41-71) y, además, cuenta entre sus fuentes con una gran parte de la literatura grecorromana (pp. 72-113), de lo que se deduce el amplio y profundo conocimiento que Clemente de Alejandría tenía de la cultura pagana y que hace inconsistentes en su persona las acusaciones de incultura que los paganos sostenían contra los cristianos.

Tras el estudio de las controversias entre paganos y cristianos, el tercer bloque trata de establecer unas vías de investigación sobre el reflejo de la sociedad romana a través de dos obras concretas de autores cristianos: *El pedagogo* de Clemente de Alejandría (pp. 117-165), que trazará diversos comentarios sobre los más variados aspectos (comida, bebida, banquetes, mobiliario de lujo, risa, conversaciones obscenas, consejos para vivir en compañía, perfumes, sueños, procreación de hijos, vestido femenino, calzado, joyas, aderezos masculinos, servidumbre, baños) de la alta sociedad de su época y las *Cartas* de San Jerónimo (pp. 166-217), escritas entre el 374 y 420, en las que, según el Prof. Blázquez, se fustigan o ala-

ban y, a la vez, se describen, numerosas costumbres sociales del Bajo Imperio como el lujo de las damas, peinados y alhajas, las relaciones sexuales, espectáculos, matrimonios de conveniencia, vida de monjes, clérigos, obispos y laicos, la tortura, las invasiones bárbaras, la vida intelectual, la pobreza y el paganismo.

El cuarto bloque y más amplio está dedicado a uno de los aspectos religiosos más originales y significativos durante el Bajo Imperio, a saber, el monacato cristiano, como forma de entender la vida y la religión. El primer capítulo (pp. 221-255) de este punto se centra en los aspectos generales del monacato (procedencia de los ascetas, dilapidación del patrimonio, desprecio de las riquezas, rechazo de los valores clásicos, penitencia, aspereza en el vestido, austeridad en la comida, caridad con el prójimo, oposición a la cultura, huida de los cargos, trabajo de los monjes, vida de oración, independencia ante el poder político y religioso) así como de su nacimiento y desarrollo en los siglos IV, V y VI. Su importancia e influencia en la vida social y económica es mucho mayor que la que se le ha dado pues «significó un rechazo del cristianismo oficial, vinculado desde el Edicto de Milán con el Estado Romano, y con la escala de valores que defendía la sociedad de este Estado» (p. 221). El segundo capítulo (pp. 256-287) revisa las fuentes literarias de las que disponemos para la extracción de la numerosa información sobre el monacato primitivo y su repercusión en la sociedad de la época. Mientras que de la actividad monástica de Martín de Tours nos da noticia la biografía que Sulpicio Severo realizó sobre este personaje a finales del siglo IV (pp. 257-277), Geroncio, entrado el siglo V, escribió la *Vida de Melania la Joven*, una mujer excepcional, casi una heroína, que lo tuvo todo (pp. 302-314) para darlo todo y que es fuente inagotable para conocer el lujo de las altas capas sociales (pp. 288-301), los problemas económicos y sociales (pp. 315-344) —relatados también en la *Historia Lausiaca* de Paladio, en la que se narran las peripecias de numerosos ascetas—, las limosnas (pp. 366-388) y las relaciones de esta mujer con todas las capas de la sociedad del Bajo Imperio (pp. 389-413). Noticias abundantes sobre el monacato primitivo las ofrecen también Atanasio en su *Vida de Antonio*, considerado el fundador del monacato, y San Jerónimo en su *Vida de Hilarión de Gaza*, fundador del monacato en Palestina. En medio de los datos que de los textos se desprenden sobre las características del monacato, se dedica un capítulo a la extracción social de este nuevo modo de vida (pp. 345-365).

El quinto gran bloque del que se compone el libro se centra en los aspectos sociales y, sobre todo, económicos durante el Bajo Imperio (pp. 417-449) a través de las informaciones extraídas de escritores cristianos como Lactancio, Orosio, Salviano, fuente inagotable para el conocimiento de la sociedad de la época (pp. 450-523), Basilio de Cesarea o Juan Crisóstomo. Con el estudio de la demonología en el pensamiento cristiano a través de la *Vida de Antonio* de Atanasio, *Vida de Martín de Tours* de Sulpicio Severo, *Vida de Hilarión de Gaza* de Jerónimo, la *Historia Lausiaca* de Paladio y la *Vida de Melania la Joven* de Geroncio (pp. 527-

560) y una breve referencia a la homosexualidad en el monacato cristiano, se cierra el sexto gran bloque y último de este libro, al que no se le puede reprochar falta de rigor documental y bibliográfico —aunque se echa de menos que la abundantísima bibliografía que se cita no se agrupe de forma sistemática en un apartado— y que va trazando algunas magistrales pinceladas sobre el lienzo siempre inacabado del Bajo Imperio Romano.

LUIS PARRA GARCÍA

GUADALUPE LOPETEGUI, *Estudio lingüístico de la documentación latina de la cancellería de Sancho VI de Navarra*, Vitoria-Gasteiz, Instituto de Ciencias de la Antigüedad=Antzinate-Zientzien Institutoa, Universidad del País Vasco=Euskal Herriko Unibersitatea (*Veleia*, Anejos, Series Minor nº 12) 1999, 292 pp.

El libro aquí reseñado es una contribución más de la investigación interesada en describir el latín medieval hispano del ámbito cancelleresco. Está compuesto tomando como modelo el trabajo de M. Pérez, *El latín de la cancellería castellana (1158-1214)*, Salamanca-León 1985 (léase, como ejemplo, la casi calcada nota introductoria del *Index uerborum* en ambos libros). En el caso que nos ocupa, la descripción lingüística se centra en los textos oficiales (privilegios de protección y donación, fueros, pleitos, ordenanzas y contratos) de la cancellería de la corte de Sancho VI de Navarra —rey conocido como «el Sabio»—, textos fundamentalmente en latín, distribuidos en 142 documentos escritos entre 1150 y 1194. Se trata, pues, del estudio pormenorizado de la lengua latina empleada en su redacción (aunque, como es de esperar en tal época y tal género documental, aparecen aquí y allá términos de otras lenguas: árabe, eusquera y lenguas ibéricas, además de algunas voces de lo que ya eran castellano y aragonés). Este estudio, como es convencional, se divide en tres aspectos o «planos», cada uno de los cuales constituye un capítulo: el 2º versa sobre el plano fonético-fonológico, el 3º sobre el morfosintáctico y el 4º sobre el léxico.

Sin embargo, como la propia autora aclara (p. 10), su propósito es, ante todo, definir la relación lengua oral-lengua escrita en función de los datos que aporta el latín de los documentos. Por ello, el capítulo 1º, bajo el epígrafe de «Metodología y plan de trabajo», está dedicado a explicar la noción de interferencia de una/varias lengua/s en otra, verdadero meollo y línea conductora del libro en su conjunto. Para esto se sirve de los conceptos de bilingüismo y diglosia y su vigencia en las lenguas peninsulares de la época. Las características del latín descrito serían resultado de la interferencias sufridas bajo la influencia de la/s lengua/s que eran realmente habladas por los que escribían ese latín. La tesis de la autora consiste, pues, en que las deformaciones fonéticas-fonológicas, morfosintácticas y léxicas presen-